

Vuelo

Ingrid Solana

EL UNIFORME LE QUEDABA GRANDE. Las mangas no ajustaban en las muñecas, tapaban la mitad de las manos; la falda, demasiado larga, sobrepasaba las rodillas. La decepcionante impresión del espejo le quitó optimismo. Se sentó derrotada en la cama. Instantes después, su hermana mayor entró al cuarto, le apretó las mejillas, besó su frente y le dijo que todo saldría bien, que tratara de calmarse. Era difícil saber con precisión si la vida saldría bien o no. Todo el mundo piensa que el futuro será positivo, pero no necesariamente. Días antes pensaba que todo saldría bien y no se imaginaba el mal sueño del porvenir. Escuchó las palabras un tanto ida, recibiendo el afecto con humor neutro y catatónico; estado de espejo cóncavo después de mantenerse tanto tiempo sin dormir. Cuando las pesadillas terminan, nos convertimos en otros seres, algo modifica al cuerpo, lo vuelve más pequeño, irreconocible: ahora el uniforme ya no se llenaba de su piel. Le molestaba sentir esa opresión fuerte en el estómago; los nervios, se decía, los nervios acaban con las personas y las disminuyen. Nadaba en el uniforme y los zapatos tampoco le calzaban bien. A través de la oscuridad miró los árboles y las sombras que lejos de los vidrios ondulaban en la noche airosa. Se tiró en la cama con los ojos abiertos, muy abiertos, mirando la grieta del techo de su cuarto. Se quedó dormida y despierta a un tiempo, y a ella vinieron las imágenes convertidas en lengua y sucedieron una y otra vez, retahíla infinita e incongruente de palabras y escenas en cámara lenta, indicios de tiempos extraños.

—Señorita, le pido, por favor, otra cobija, mi sobrino se está congelando. Es la tercera vez que se la pido.

Diligentemente Ana buscó otra cobija, pero no había más. Los vuelos para clase turista tenían perfectamente contadas las cosas para cada asiento. Si un pasajero robaba la cobija de otro, éste podía resignarse. En cada vuelo largo no faltaba el pasajero que se robaba la cobija del vecino. La





Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

compañía era estricta con los bienes proporcionados a los pasajeros, y de acuerdo con las últimas políticas aéreas de austeridad, no debía derrocharse ni un centavo, ¿qué hacer? Distráer a los pasajeros del frío. Ana se sentó, faltaba hora y media para servir la siguiente comida, a saber, el desayuno. Llevaban seis horas de vuelo, faltaban siete. Los focos de los pasajeros más exigentes estaban perpetuamente encendidos, pero Ana se limitó a descansar mientras Lizbeth daba la ronda. Odiaba estos vuelos largos. Miró los maleteros e imaginó que afuera del avión invadía la oscuridad tétrica que los humanos no pueden ver frente a frente, negrura espesa de océanos inexplorados, profundidad rara de planetas apenas entrevistos, frío sin fin. Bostezó varias veces, sus ojos se suspendían en el maletero inmóvil, sordo, feo. Las luces de los pasajeros exigentes continuaban encendidas. Afuera, el misterio de una noche interminable. Adentro, el maletero inmóvil, sordo y feo. Se dijo que no se podía quedar dormida, y sus ojos se estancaban en los focos de los pasajeros exigentes, pero sus párpados se hundían en las órbitas. Afuera, los párpados pesados, el maletero inmóvil, los focos de los pasajeros exigentes. Adentro, el maletero sordo, los párpados pesados, los pañuelos húmedos, los desayunos. Afuera, los maleteros inmóviles, los pañuelos húmedos, los desayunos, Lizbeth. Adentro, los párpados pesados, hundidos en las órbitas, los maleteros...

Un zumbido prolongado la despertó. Estaba sobresaltada. La saliva de ese sueño profundo y rápido le adornaba la cara, pero tenía un paquete de pañuelos húmedos entre los dedos. No recordaba haberlo tomado antes, pero sacó uno y se limpió la boca. La alarma no se callaba y Ana tuvo miedo de despertar a los pasajeros cercanos a la parte trasera del avión. El sonido provenía de la muñeca de un hombrecillo que la miraba atentamente. Ana se incorporó en el asiento, pero se sentía cansada.

La voz del hombre, casi un enano, no era ni aguda ni grave, sino media. A pesar de su templanza había algo desagradable en ella, cada palabra se burlaba de algo y Ana se sentía un chiste. El avión estaba a oscuras, pero los pequeños focos de los pasajeros exigentes permanecían encendidos. Sus compañeros de tripulación no estaban a la vista. Seguramente se habían quedado en los asientos de la cabina. Ella estaba sola atrás. Y el hombrecillo le hablaba burlonamente.

—Sus compañeros ya no nos acompañan —aseguró el hombrecillo con una convicción atemorizante.

Ana trató de levantarse, pero las piernas no le respondían, estaban débiles. Se recargó en el respaldo como si hubiera realizado un descomunal esfuerzo. Recordaba la misma sensación de una escena de su niñez, cuando había robado dinero de la bolsa de su madre y después se había caído por unas escaleras sin poder mover las piernas. Nunca la habían descubierto, así que aquella sensación permaneció en ella, como respuesta a los sustos, y cada vez que algo le daba miedo, no podía moverse. Miró al hombrecillo sin fuerzas.

—No puedes moverte, ¿verdad? Dime, ¿qué hiciste con el dinero que robaste? —Ana sintió un piquete debajo del ombligo. El enano sabía lo que ella había hecho de niña. También podía hablar por hablar. Era un fanfarrón.

—¿A qué te refieres? —preguntó con calma, lentamente, sin dejarse intimidar.

—Al dinero que tomaste de la bolsa de tu madre la tarde del verano de 1994, habiendo corrido después por las escaleras de aquella vecindad maltrecha en la que vivían con tu hermana mayor, y cayéndote por las escaleras, sin tener después sensibilidad en las piernas. ¿Qué compraste con ese dinero, Ana Carolina Rodríguez Flores? —Ana respiraba rápido. Estaba soñando, sí, el hombre no existía. Estaba soñando sugestionada por los pensamientos de la oscuridad exterior de unos

minutos antes. Se pellizó el antebrazo y una punzada hostil le quedó sobre la piel enrojecida. Aquello no terminaba, tendría que hablar con el enano.

—No compré nada —confesó—, devolví el dinero a la bolsa de mi madre días después.

—¿Por qué razón, Ana Carolina, por qué devolviste el dinero? —Ana respiraba fuerte y ruidosamente, los pasajeros pronto se despertarían con sus gemidos, ella misma se despertaría y sería libre de esa culpa pequeña y mezquina. Estaba soñando.

—Lo devolví porque apenas si teníamos dinero para comer. Yo... —las lágrimas la anegaban, se le incrustaban en la cara, agujas de hielo que ardían. Había confesado. Era libre.

Se detuvo en seco y preguntó:

—¿Quién es usted? —El hombrecillo comenzó a reírse fuerte, pero nadie despertaba.

—Yo soy un enanito con visión. Querida, no te preocupes. Te he liberado. De ahora en adelante no te quedarás paralizada. Podrás correr y huir de tipejos como yo y de tu amiguito el miedo. Además, todo el mundo robaba en 1994. El robo, querida, es una práctica común. No sé por qué te asombras. El robo y la prostitución son tan viejos como aquel, el de la cruz...

El enano jugaba con un bastón, bailaba con él mientras tarareaba. Ana, efectivamente, podía mover las piernas. Se levantó y observó a los pasajeros de las últimas filas, estaban profundamente dormidos. El hombre la incitaba a bailar. Se aferraba a su cintura, parecía un niño tratando de escalar un roble. Ana le permitía estar así, colgado de ella. Únicamente permanecía atenta al sueño de los pasajeros. Pero, de pronto, aquel pedazo de carne aferrado a su cuerpo la molestaba para moverse, así que se desprendió bruscamente. —¿Por qué no me quieres, Ana? —No me ha dicho quién es usted. ¿Qué quiere? Como puede ver, estoy trabajando. Sabía mi secreto, me ayudó a resolver la parálisis. Muy bien, se lo agradezco. ¿Dónde está su asiento? Le ayudaré a acomodarse.

—No te preocupes, Ana, yo viajaba en el ala del avión. Volveré —el hombre se metió al baño tras un azotón de puerta y tardó bastante tiempo. Al cabo de

un rato, Ana decidió tocar. Le preocupaba que los pasajeros quisieran usar el servicio, aunque, a decir verdad, éste era un vuelo atípico, todas las personas yacían en sus lugares durmiendo profundamente sin moverse un ápice. De cualquier forma, vería qué sucedía con el enano. Tocó la puerta varias veces, nadie abrió y no se escuchaba ruido. Abrió la puerta. No había nadie. Corrió hacia una persiana. En la negrura rotunda vio colgado un bulto aferrado al ala del avión, llevaba un bastón y se enroscaba firmemente.

Los maleteros sordos miraban el vacío. La negrura infinita expandía los mundos desconocidos. Los pasajeros exigentes habían dejado de roncar. El enano colgado del ala sonreía. Un despertador distante coloreaba el encierro. Las voces lentas y esperanzadas de los pasajeros exigentes alumbraban la mañana artificial: *todos los viajeros son exigentes al despertar*, rezaban los folletos escondidos en la rejilla de los asientos. Una pantalla fuerte, de sonidos cada vez más altos, altavoz de la chingada, se proyectaba como síntoma del nuevo día. Ana despertó con los sonidos abruptos de la proyección infame que reflejaba al Líder Máximo de la Comunidad Empresarial Aérea: Tercer Mundo en Vías de Unión, compañía para la que Ana trabajaba desde hacía dos años, después de cumplir con todos los requisitos para ser una bella y joven azafata. Tenía baba cerca de la boca y cansancio en las rodillas. Sus compañeros no estaban dando el servicio, ¿dónde se habían metido? Ana se levantó. Atontada por el fuerte sonido de la pantalla, escuchó el mensaje. Ya no pensó en asomarse por la ventana para buscar al enano. El Líder Máximo tenía un acento raro, pero todos los pasajeros lo miraban atentamente hipnotizados por las consonantes arrastradas en su boca. Ana se sumergió en la pantalla, sentía mucha fatiga y sueño.

Cerró los ojos. Y el Líder Máximo dijo:

—Éste es un territorio neutro. Pero las pantallas llegan a todas partes. Así estamos juntos siempre, queridos empleados y público consumidor. Mi mensaje será breve. He sido Líder Máximo de esta compañía desde

hace más de veinticinco años y es mi deber dar a conocer los aspectos más íntimos y profundos de nuestro personal. Al fondo ustedes pueden contemplar a Ana Carolina Rodríguez Flores, una bella muchacha. Verán, ustedes, esta joven nos acompaña en esta aerolínea desde hace dos años. En este viaje se encuentra particularmente cansada. Ustedes podrán ver cómo no puede moverse. Lo más interesante de ella es el robo que perpetró en 1994 al bolso de su madre. Extrajo veinte pesos con los cuales pensaba comprar dulces y un refresco de cola. Todo el mundo enloquece por el dinero, ¿no es cierto? Pero la niña no lo utilizó. Después de robar, se cayó por las escaleras de la vecindad donde vivía con su madre y su hermana mayor, y paralizada de las piernas, aproximadamente durante una hora, decidió jamás volver a cometer ese delito. Su madre trabajaba mucho y apenas si tenían dinero para comer. Ana Carolina guardó el secreto y su madre murió sin conocer su malignidad. La culpa carcome a los seres buenos, ¿verdad, hija mía? Así que esta chiquilla, óiganlo bien, cada vez que tenía miedo se quedaba paralizada como aquella vez en esas escaleras de su vecindad. Pero ahora, cabe decir, querida Ana Carolina, para tu tranquilidad, debes saber que todo el mundo robaba en 1994. Y no sólo eso, entendamos que el robo, queridos espectadores, es una práctica común. Ana Carolina Rodríguez Flores: te absuelvo, hija, eres libre. E incluso, si quisieras, podrías robar de vez en cuando, linda muchacha. Estoy seguro de que no nos robarías a nosotros, los que te ofrecemos el sustento. Puedes robarte alguna que otra cosa de las tiendas departamentales: a todos nos gusta el dinero, ¿verdad? El robo y la prostitución son actividades antiguas y comunes, tanto como el señor de la cruz... Muchos gobiernos han ejercido con felicidad la primera de estas prácticas. Libre, Ana Carolina, libre...

Ana corrió a la ventanilla empujando a los pasajeros. En el ala, el enano colgado la saludaba moviendo el bastón de un lado a otro. No debía dormir. La imagen del Líder Máximo se congeló en pantalla. Todos los espectadores apagaron sus focos. Pasado el tiempo, aterrizaron y todos bajaron en silencio. El enano había desaparecido. Ana despertó sintiendo baba alrededor de la boca. La limpió con un pañuelo húmedo. Subió a un taxi y pronto llegó a casa.

El techo y su grieta se perdieron en sus ojos. Se incorporó con pesadez. El uniforme le quedaba grande. Afuera, su hermana preparaba de comer. Ana pensó en la muerte de su madre y recordó el gesto que hacía cuando ellas regresaban de la escuela; una sonrisa, una mueca, quién sabe. Se levantó de la cama y de una caja de metal del buró sacó una menta y la masticó varios minutos. Tenía baba en la cara, cerca de la boca y la limpió con un pañuelo húmedo. **▲▲**

